

RAFAEL DELGADO  
CALVO-FLORES  
EQUIPAJE  
DEL  
NÁUFRAGO

PRÓLOGO

ANTONIO CHICHARRO



Colección Granada Literaria  
Poesía

## PRÓLOGO

Para mi suerte, he tenido que enfrentarme críticamente en no pocas ocasiones a la obra poética, narrativa o ensayística de escritores que, en sus respectivas profesiones, anduvieron mundos ajenos a las letras frente a lo que desde hace décadas resulta tan común como es encontrarse al filólogo y al escritor a un tiempo en una misma persona, muy especialmente en la forma del profesor de literatura que a su vez es poeta. Así, he leído con atención la obra del ingeniero industrial Gabriel Celaya o la del ingeniero de caminos Juan Benet, por citar sólo dos relevantes muestras en este sentido. Pues bien, me cabe ahora la responsable tarea de prologar un libro poético de un reconocido experto en los estudios edafológicos y las materias primas farmacéuticas de origen mineral, con el que comparto desde nuestros jóvenes años de estudiantes universitarios un vivo e inagotado interés por la poesía. Con el tiempo, supe que Rafael Delgado Calvo-Flores escribía poesía y que —ya años más tarde— había dado cuenta pública de la misma en los libros *Peregrino del tiempo* (1996) —con seudónimo— y *Al mar* (2000), éste hermosamente prologado por Juan Vellido y con su propio nombre puesto al frente. En todo caso y dadas las cualidades y rasgos que adornan su persona, no me extrañó entonces saber de su callada labor creadora inicial ni, en buena lógica, de su deseo de encontrar las gemelas almas de sus lectores, aun conociendo los estrechos límites sociales en que se desarrolla

entre nosotros el discurso de la poesía. Con estos precedentes, tampoco me resultó extraño que más recientemente, en 2005, prosiguiese en el cultivo de la palabra poética y publicase *Gypsy Poems* (Poemas Gitanos), con la colaboración en las traducciones al inglés del también profesor de la Universidad de Granada, José Luis Vázquez Marruecos y, en 2007, el año pasado, viese la luz la primera entrega de la biografía del poeta y rapsoda albaicinerero, Manuel Benítez Carrasco. Tampoco me son desconocidas sus labores como alentador de la cultura en la Facultad de Farmacia de nuestra Universidad de Granada.

Pues bien, el libro que el lector tiene en sus manos, *Equipaje del Náufrago*, es la nueva salida pública del granadino que, entre otras publicaciones sueltas, viene a enriquecer un proyecto creador, del que nuestro poeta ofrece sus claves en el poema-epílogo que lo cierra. Así, la estrecha relación que en su caso mantiene la poesía con la vida; la concepción del acto creador como una suerte de imprevista introspección de la que manan las reveladoras palabras que, revaluadas significativamente gracias al código estético que en ese momento aplica el poeta, con mayor o menor consciencia, guardan la sombra verbal de una honda y efímera emoción estética provocada por las grandes cuestiones derivadas de la experiencia del ser humano frente al tiempo; la consciencia de distintos procesos creadores en la conformación de los poemas, poemas que ya obedecen a la espontaneidad y al flujo creadores o ya exigen el cuerpo a cuerpo de la lucha contra la turbadora inmensidad de la página en blanco pujando por salir y que, frutos de humana condición, alcanzan finalmente su propia y autónoma existencia verbal observada con consciencia de alteridad por su creador.

Como se comprende, las reflexiones metapoéticas contenidas en el poema de cierre del libro alcanzan su sentido en el seno de la poética ensayada por el programa de la modernidad desde los albores del Ro-

manticismo. En cualquier caso, vienen a jugar un importante papel a la hora de acercarnos a los textos y a la hora de comprenderlos en principio de acuerdo con su propia lógica creadora. Pero, además, a estas claves generales hay que añadirle una especialmente importante para la comprensión del presente poemario desde el título del mismo a la disposición de sus secciones y poemas. Esta clave podría resumirse así: la noción de la palabra como pasión y la pasión como palabra, que llevadas a un grado máximo justifican el existir entero del poeta y su supervivencia exclusiva para el proceso creador. Así, este proceso creador —indicado diáfanoamente en el título del libro— viene a simbolizarse mediante el equipaje de un naufrago cuya nave zozobró frente a las procelosas costas de la realidad material y pervive gracias a la poesía. La palabra como pasión y la pasión como palabra, que se deduce también de la lectura del título de la primera sección del libro, así como del segundo y sexto poemas, a los que somos conducidos por los muy escogidos paratextos de las citas iniciales del mismo, a lo humano —las de Vicente Aleixandre y Federico García Lorca— y a lo divino —la del apóstol San Juan—, citas que por cierto me hacen recordar el hermoso poema de Elena Martín Vivaldi «Plegaria» para pedir la inspiración y la palabra, un texto de 1985 permanecido inédito hasta inicios de los 2000, poema en el que el sujeto poético se dirige a San Juan de la Cruz para pedirle «la palabra precisa,/ la palabra sencilla y misteriosa,/ secreto de poesía, / árbol de sugerencias, / pan y trigo del verso, palabra con la que decir su asombro de nombres descubiertos y su verdad y emoción encendidas, palabra con la que taladrar finalmente el corazón de los hombres». Esta filosofía creadora martinvaldiana y la que guía el presente libro mantienen una relación, la proveniente de la atracción por la palabra y la de su consideración como vehículo signico que vale tanto por lo que se dice con ella como por sí misma, lo que

se comprende al leer el poema III y lo que justifica que el poeta haga uso de las cursivas como modo de llamar la atención lectora sobre determinadas palabras, palabras con las que dice y que, extrañado, parece observar en su materialidad verbal, generándose así nuevas significaciones:

«Palabras...

En el inicio de angostos mundos,  
Proclamas ya de excelsas moradas.  
Palabras.

Un requiebro el amor, sus suspiros...  
Prendidos al sonido, en su alma.  
Palabras.

Y nacieron bellísimas: *luz,*  
*verso, madre, lira, rosa, llama;*  
*alba...*

Palabras...»

No será el único lugar del poemario en que el empleo de las cursivas dote de inusitados valores a la expresión de la palabra. Por espigar algunos ejemplos, en el poema *Hasta tres veces* se sugieren y así se distinguen varias voces narradoras y hasta escenarios superpuestos, o en *Día Noveno* (Canción para un encuentro) se refuerza la presencia de la segunda persona poética a la que van dirigidos los versos: *Tú*.

Por lo que respecta a la disposición de los poemas, el poeta los incluye en tres partes que denomina Libro Primero: *La Pasión en la Palabra*, Libro Segundo: *Diálogos de Soledad* y Libro Tercero: *Palabra de Hombre*, que contienen respectivamente nueve poemas, a las que hay que sumar el poema epilogo. Pues bien, si tuviéramos que ofrecer sólo tres palabras-núcleo con las que caracterizarlas, éstas serían: *poesía*, *amor* y

Dios, tres palabras que representan las líneas de fuerza de la significación del libro. El lector podrá comprobar cómo el poeta dedica la primera sección fundamentalmente a la poesía aludiendo a ella mediante sinécdoques. No esconde su atracción por el proceso de creación poética, por lo que con éste se consigue —la materialización verbal de experiencias estéticas— y por los esclarecedores resultados del mismo, al obtenerse un cierto conocimiento de lo real. En este sentido, el poeta no deja de sorprenderse y de mirar con los ojos de la poesía la poesía misma. La sección segunda se construye como una suerte de diario poético del amor —de ahí el título de los poemas en ella incluidos—, en el que el sujeto poético ofrece en clave de soledad y bajo la simbólica unidad de un día una suerte de evocación de fases o momentos del proceso amoroso de toda una vida, con sus luces y contraluces, de principio a fin, proceso amoroso retornando gracias a la palabra poética. La tercera sección, finalmente, guarda los poemas religiosos, poemas instalados en la próxima tradición que en este sentido posee la poesía en lengua española —no es gratuita la cita de José María Valverde con que se abre la sección—, con los que el sujeto poético canta sus búsquedas y certezas, escudriña en la trascendencia y busca el puerto de un divino refugio para los días de tormenta. En fin, poemas todos ellos alimentados por un humano vivir que revalúa sobre todo la capacidad creadora, el sentimiento del amor y la necesidad de trascendencia, poemas en los que predomina el uso de los versos de corta andadura, con su ágil ritmo, el cultivo de formas estróficas claramente asentadas en nuestra larga tradición, el empleo de la recurrente fuerza de las asonancias, así como del epífonema en no pocos de los textos como modo de subrayar exclamativamente lo apuntado a lo largo de los versos, sin que falten poemas en los que emplea los modos actuales del verso libre, etcétera.

Con estas palabras liminares, como el lector comprenderá, no persigo sino ofrecer una básica herramienta para la lectura de nuestro libro, algo así como los trazos que disponemos sobre un papel cuando tratamos de orientar a alguna persona en una ciudad que le es desconocida, papel que jamás sustituirá la experiencia de andar una calle, percibir sus olores, hablar con sus gentes, etcétera. Pero tampoco es que esta herramienta resulte muy necesaria ni tal vez guste de usarse por determinados lectores. Prescíndase entonces de lo dicho y tómense mis palabras sólo como invitación a la lectura de un libro que no nace contra nadie, que no quiere abrir ni cerrar ciclos, ni pretende más consecuencia que la de hallar sus lectores, las almas gemelas a que me refería. Este nuevo libro del científico y poeta Rafael Delgado viene a demostrar que la razón también siente, subrayando así aspectos de su profunda humanidad.

ANTONIO CHICHARRO